

De Ceriñola a Tenochtitlan: la aplicación de las técnicas de combate de la arcabucería española en el México central (1503-1525)

From Cerignola to Tenochtitlan: the use of Spanish harquebusier combat techniques in Central Mexico (1503-1525)

Dario Testi
Universidad de León
dtes@unileon.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-3590-8863>

RESUMEN - ABSTRACT

El presente artículo se propone examinar el papel desempeñado por los escopeteros españoles en la conquista de México (1519-1521), a pesar de que los cronistas que narraron aquel proceso omitieron los datos necesarios para una reconstrucción precisa de su función. Ante esta laguna documental, se plantea un análisis comparado entre las campañas de Hernán Cortés y algunas de las principales batallas libradas durante la primera parte de las Guerras de Italia, de Ceriñola a Pavia (1503-1525). Se sostiene que en ambos contextos bélicos se adoptaron soluciones tácticas análogas, resultado de la evolución del arte militar hispano en suelo italiano, y también de la participación en la empresa americana de veteranos forjados en el teatro europeo. El estudio se apoya en crónicas coetáneas y en la historiografía actual para evidenciar la eficacia, la flexibilidad y el desarrollo técnico de estos tiradores, subrayando su relevancia tanto en el combate campal como en las operaciones de asedio.

This article aims to examine the role played by Spanish arquebusiers in the conquest of Mexico (1519-1521), despite the fact that the chroniclers who narrated the process largely omitted the data necessary for an accurate reconstruction of their function. In response to this documentary gap, the study proposes a comparative analysis between Hernán Cortés's campaigns and some of the major battles fought during the first part of the Italian Wars, from Cerignola to Pavia (1503-1525). It argues that analogous tactical solutions were adopted in both military contexts, as a result of the evolution of Hispanic warfare on Italian soil and the participation in the American enterprise of veterans forged in that European theater. The analysis draws on contemporary chronicles and modern historiography to highlight the effectiveness, flexibility, and technical development of these marksmen, emphasizing their significance in both pitched battles and siege warfare.

PALABRAS CLAVE – KEYWORDS

Arcabucero; armas de fuego individuales; conquista de México; Guerras de Italia; arte de la guerra del Renacimiento; siglo XVI.

Harquebusier; individual firearms; conquest of Mexico; Italian Wars; Renaissance warfare; 16th century.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Testi, D. (2025): «De Ceriñola a Tenochtitlan: la aplicación de las técnicas de combate de la arcabucería española en el México central (1503-1525)». *Gladius*, 45: 431. <https://doi.org/10.3989/gladius.2025.431>.

RECIBIDO / RECEIVED: 20-06-2025

ACEPTADO / ACCEPTED: 24-07-2025

PUBLICADO / PUBLISHED: 18-03-2026

1. INTRODUCCIÓN

Entre 1519 y 1521 tuvo lugar la conquista de México¹. Unos cientos de combatientes, formalmente bajo el estandarte de la Corona de Castilla, sometieron a la confederación de la Triple Alianza (*Excán Tlatoloyan*) con el apoyo de decenas de miles de nativos². Desde el siglo XVI, numerosos autores dedicaron sus esfuerzos a reconstruir distintos aspectos de estos conflictos, pero omitieron gran parte de los datos necesarios para reconstruir los detalles bélicos y, sobre todo, la función del escopetero³. Mientras tanto, en la península itálica se desarrollaban las Guerras de Italia (1494-1559), en que participaron las fuerzas militares más destacadas de la Europa occidental⁴. Las tácticas, estrategias y técnicas de combate evolucionaban sin cesar, y los oficiales más cautelosos procuraban aprender de las ventajas del enemigo, en la medida en que se aprovechaban de sus debilidades⁵. Es en este contexto en el que la arcabucería hispana, que en 1494 era aún incipiente, décadas después alcanzó la relevancia que desembocaría en el nacimiento del tercio (1536)⁶. Dada la magnitud de estos conflictos y su importancia geoestratégica, decenas de autores redactaron memorias, crónicas y biografías, en las cuales podemos hallar información más detallada sobre su papel.

Hubo veteranos de las Guerras de Italia que participaron en la conquista de América y, en particular, en la de México. Además, el propio arte de la guerra de la Corona de Castilla se forjaba en el conflicto contra los monarcas ultramontanos, antes de cruzar el Atlántico y adaptarse a las peculiaridades bélicas de las Indias Occidentales. A la luz de ello, el objetivo de esta investigación es determinar cuál era la función del arcabucero español en las campañas cortesianas, y se cotejan los datos proporcionados por las fuentes que abordaron ambos procesos polemológicos. Se busca comprender en qué tipos de enfrentamientos participaba en la cuenca de México, y cómo colaboraba con los cuerpos de infantería pesada y caballería ligera. Otro aspecto a esclarecer es cómo un arma tan imperfecta e imprecisa como la escopeta pudo ser utilizada eficazmente y, por tanto, si realmente se limitaba a tener una función intimidatoria frente a la presencia de decenas de miles de tiradores indígenas, tal y como afirmaron algunos autores. A tal efecto, se analizan las fuentes documentales y literarias de la época, mientras que la producción académica ofrece otras perspectivas complementarias.

2. EL ARCABUCERO ESPAÑOL EN MÉXICO CENTRAL Y LA FALTA DE EFICIENCIA

Desde el punto de vista etimológico, y conforme al análisis de Góngora (1962) sobre los combates en el Darién (1508-1519), ninguno de los hombres que lucharon bajo las órdenes de Hernán Cortés puede considerarse propiamente un soldado, aunque los autores de la época no dudaban en emplear este término. De los 1.822 que, según Konetzke (1948: 362), participaron en la conquista de la Triple Alianza, tan solo el uno por ciento estaba constituido por veteranos o, en la terminología de la época, por «soldados viejos», tal como subrayó Grunberg (2015: 558). Las fuentes literarias y documentales hicieron referencia a algunos de ellos, aunque muy pocos, que habían prestado servicio en las Guerras de Italia. Aquellos veteranos hubieron de instruir a sus compañeros, y un ejemplo de ello fue cuando los hombres de Cortés tuvieron que aprender a manejar las picas, al enfrentarse a la caballería de Pánfilo de Narváez, en Cempoala. Bernal Díaz del Castillo (2011: cc. CCV, CXVIII y CVIII), un miembro del contingente cortesiano, escribió acerca de Tobilla que «se había hallado en la del Garellano con el Gran Capitán», en 1503, que era «bien diestro de todas armas, y más de jugar de una pica», y que «amostraba a jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de a caballo»⁷.

De acuerdo con las fuentes de la época, Cortés dedicaba una considerable cantidad de tiempo y esfuerzo a la formación de sus combatientes, tanto españoles como nativos. Por encima de todo, exigía disciplina y orden, elementos fundamentales en el escuadrón de infantería de comienzos de la Edad Moderna. Así lo recordaba Antonio de Solís (1996: l. I, c. 12) quien, a finales del siglo XVII, subrayaba que el propio término «ejército»

¹ Sobre la conquista de México se aconseja la lectura de Grunberg (1995), Hassig (2006) y Espino López (2021); la biografía de Hernán Cortés en Miralles Ostos (2001), Bennassar (2002) y Mira Caballos (2021).

² El tema de la Triple Alianza en Barlow (1990), Carrasco (1996) y Battcock Lisi (2011). Para la importancia de los aliados locales de Hernán Cortés en las campañas de México central, *cfr.* Matthew y Oudijk (2007), Güereca Durán (2016) y Navarrete Linares (2019).

³ En el presente trabajo, los términos «arcabuz» y «escopeta», así como «arcabucero/escopetero», «arcabucería/escopetería», etc., se usan como sinónimos. Más detalles al respecto en Testi (2023a).

⁴ Sobre las Guerras de Italia, *cfr.* Pellegrini (2009) y Mallett y Shaw (2012).

⁵ El arte de la guerra del Renacimiento en Hale (1985), Arnold (2001) y Potter (2008).

⁶ Para la evolución de las fuerzas militares españolas a comienzos de la Edad Moderna, *cfr.* Quatrefages (1996), Glete (2002), González de León (2002), Ladero Quesada (2010) y Sherer (2017).

⁷ Otros cronistas parafrasearon estos conceptos expresados por el autor medinense, *cfr.* Torquemada (1975: l. IV, cc. 62 y 63). En las referencias a las fuentes primarias se utilizan las siguientes abreviaturas: c.: capítulo; d.: década; l.: libro; lám.: lámina; vol.: volumen; f.: folio.

derivaba de «ejercicio». El capitán no podía ser más claro en las «Ordenanzas militares y civiles» que entregó al ejército el 22 de diciembre de 1520, antes de emprender la campaña final sobre la cuenca de México, donde prohibió que los hombres salieran «fuera de ordenanza» (Martínez, 1990: vol. 1, 168).

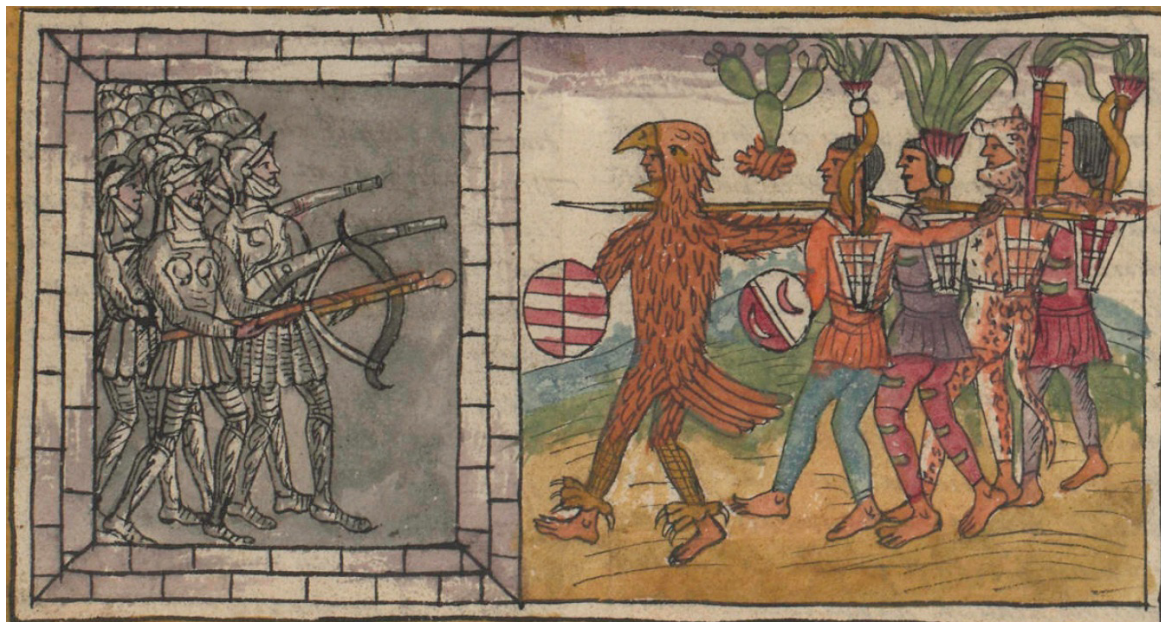


Figura 1. Arcabuceros españoles asediados en el palacio de Axayácatl, según la *Historia de las Indias de Nueva-España e islas de Tierra Firme*.

Apenas ha quedado información sobre estos «soldados viejos». Los autores que mencionaron su identidad y proporcionaron información básica fueron Francisco Cervantes de Salazar, Antonio de Herrera y Tordesillas, Juan de Torquemada y Antonio de Solís y Rivadeneyra; Bernal Díaz del Castillo fue el único en dejar una descripción algo más detallada de su origen. Se puede recordar a Benito Bejel⁸, Pedro de Briones⁹, «un tal» Canillas¹⁰, Juan González de Heredia, Rodrigo Guipuzcoano o Lepuzcoano, Amador de Lares¹¹, Cristóbal de Maeda, Francisco de Mesa¹², Francisco de Orozco¹³, Juan de Portillo, Francisco de Santa Cruz, Rodrigo de Segura, Juan de Solís, Antonio de Sotelo¹⁴, Juan de Torres y Andrés de la Tovilla o Tobilla, piquero al que ya se ha hecho referencia¹⁵.

Juan González de Heredia fue el único arcabucero del que las fuentes consignaron con claridad el nombre y la función¹⁶. A partir de testimonios documentales como la «Relación de personas que pasaron a Nueva

⁸ Los nombres pueden variar de una fuente a otra, y a Benito Bejel se le ha denominado también como Begal o Vejer. Díaz del Castillo (2011: c. CCV) dijo de él: «Se decía Benito de Begal; fue tambor y tamborino de ejércitos de Italia, y también lo fue en esta Nueva España».

⁹ No exento de la ironía que caracteriza su estilo, Díaz del Castillo (2011: c. CLX) señaló que «el Briones se tenía por muy valiente y solía decir que en Italia había muerto y herido, y hendido cabezas y cuerpos de hombres».

¹⁰ «Fulano de Canillas, que fue en Italia tambor, y así lo fue en esta Nueva España» (Díaz del Castillo, 2011: c. CCV).

¹¹ Numerosos autores han señalado que desempeñó durante muchos años el cargo de maestresala del Gran Capitán, como Las Casas (1992: I. III, c. 114), Herrera (1991: d. I, l. VII, c. 12; d. III, l. III, c. 11) y Torquemada (1975: I. IV, c. 6).

¹² «Un soldado que se decía Mesa y había sido artillero y soldado en Italia, y así lo fue en esta Nueva España» (Díaz del Castillo, 2011: c. CCV).

¹³ «Puso por capitán de artillería a un Francisco de Orozco, que había sido soldado en Italia» (Díaz del Castillo, 2011: c. XXVI); otros autores que mencionaron a Orozco fueron Herrera (1991: d. II, l. IV, c. 6), Torquemada (1975: I. IV, c. 7) y Solís (1996: I. I, c. 14).

¹⁴ «Y en el real de Cortés estaba un soldado que decía él mismo que había estado en Italia en compañía del Gran Capitán, y se halló en la Chirínola de Garallano y en otras grandes batallas» (Díaz del Castillo, 2011: c. CLV). Es pertinente señalar que Ceriñola y Garellano fueron escenarios de dos hechos de armas distintos, ocurridos en momentos diferentes del año 1503.

¹⁵ Más detalles sobre estos combatientes en Icaza (1923: vol. 1, 35, 53, 144 y 249), Thomas (2001: 51, 55, 92-94, 115, 116, 131, 135, 146-148, 157, 158, 227-230 y 301), Grunberg (2001: 85, 85, 97, 98, 210, 211, 223, 224, 294, 331, 332, 394, 429, 503-505, 508-510, 521, 539, 540, 542, 565 y 566; 2015: 558-559) y Martínez Martínez (2013: 165, 188, 216 y 217).

¹⁶ «Heredia el Viejo, que era vizcaíno y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande y la cara medio acuchillada, y un ojo tuerto y cojo de una pierna, y era escopetero [...] era hombre que había sido soldado en Italia» (Díaz del Castillo, 2011: c. XLIX). Herrera (1991: d. II, l. V, c. 12) parafraseó la misma descripción. Cfr. Thomas (2001: 94), Martínez Martínez (2013: 188) y Grunberg (2015: 559).

España» (1542), se tiene noticia de Antón de Molina, que participó en la conquista de México «sirviendo de escopetero y balletero», y de quien se afirma que «había tenido tanta pobreza» (Icaza, 1923: vol. 1, 58). En la «Memoria de los pobladores que tienen indios encomendados en esta Nueva España» se menciona al tirador Teodoro de Mane, y se hace constar un dato similar: «Que tiene una hija para casar, y que por estar tan pobre, no la ha casado» (Icaza, 1923: vol. 2, 109). Otros arcabuceros, de quienes no se consignó experiencia previa, fueron un tal Benito, Bartolomé de Astorga, Alonso Delgado, Francisco Jiménez y Juan Remo¹⁷.

Sería lógico suponer que estos silencios de las fuentes se debieran a la escasa presencia numérica de los escopeteros y a su limitada relevancia. En efecto, el cuerpo de tiradores, que en las Indias Occidentales incluía todavía a los balleteros, nunca fue particularmente numeroso en el marco de las campañas cortesianas, lo cual obedeció a un conjunto de factores. En múltiples ocasiones, los conquistadores se vieron obligados a combatir bajo intensas lluvias. El veterano Francisco de Aguilar (2002) subrayó que «comenzó de lloviznar, y tronar y granizar tan reciamente que parecía romperse los cielos», y Díaz del Castillo (2011: c. CLI) que «estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos». En la sexta década del siglo XVI, Francisco Cervantes de Salazar (1971: l. I, c. 4; l. V, c. 99) tomaba nota de que «suele llover, cuando es la furia, treinta y cuarenta días arreo, sin cesar». Se sabe que estos tiradores estaban equipados con arcabuces de serpentina, ya que este era el modelo en uso a comienzos de la Edad Moderna. Además, fue mencionado en varias ocasiones por los cronistas, entre ellos Cortés (1993: 167): «quiso Nuestro Señor que la mecha no tenía fuego»; y Díaz del Castillo (2011: c. CXXII): «creyeron que eran mechas de escopetas». Se trataba de un tipo de arma de fuego aún primitivo, por lo que el disparo podía fallar si llovía. Para citar un ejemplo, el autor veneciano Marino Sanudo (1883: l. IV, 480) afirmó de la batalla de Fornovo, que se produjo en la que hoy sería Emilia-Romaña (1495), que «había una grandísima lluvia, la cual fue causa de que los franceses no pudieran operar su artillería». Alessandro Benedetti (1863: l. I, 78-90), quien se encontraba presente en el campo aquel día, relató que «las escopetas de ambos bandos no tuvieron efecto, ya que la pólvora se había mojado con la lluvia».

En particular, en todas las operaciones que se desarrollaban alrededor de la laguna de Texcoco o por las calles de Tenochtitlan, era bastante común que los españoles cayeran al agua y que la pólvora que llevaban se empapara. Respecto a la batalla de Otumba, que tuvo lugar tras el desastre de la *Noche Triste*, algunos autores afirmaron que los españoles hicieron uso de las armas de fuego, como Cervantes de Salazar (1971: l. IV, c. 130) y Solís (1996: l. IV, c. 20). Otros lo negaron: Bartolomé Juan Leonardo de Argensola (1940: c. XX), Francisco Javier Clavijero (1824: l. IX) e incluso Aguilar (2002: 186-187), quien afirmó que «de artillería y arcabucería no hubo remedio, porque todo quedó perdido».

Se trataba de pertrechos delicados, lo que dificultaba su conservación en ese contexto bélico. En una junta de guerra celebrada en Panamá (1667), se aclaró que era necesario transportarlos en cajones porque, de haberse caído, se habrían roto algunas partes frágiles como las serpentinatas y las cazoletas¹⁸. Por lo tanto, de Pascual de Buenaventura, quien había servido como artillero en diversas campañas en México, se dijo en 1542 que se encargaba de «aderezar los relojes, arcabuces y escopetas» (Icaza, 1923: vol. 1, 48). Asimismo, si bien es cierto que aprender a usar la escopeta no requería demasiado tiempo, mientras que se tardaban décadas en la formación de un arquero, también es verdad que eran necesarios alrededor de 42 movimientos para realizar las operaciones de recarga (Gheyn II, 1608: láms. I-XLII). En consecuencia, Maravall (1961: 26) hizo referencia a la «mecanización de la conducta, lograda por el constante uso». Paralelamente, la forma esférica del proyectil y el ánima lisa del cañón hacían que la trayectoria de la bala fuera imposible de controlar, lo que alteraba la precisión del impacto; en física, este fenómeno se conoce como «efecto Magnus» (Hall, 1997: 135)¹⁹.

Por lo señalado, los arcabuceros que lucharon bajo las órdenes de Cortés eran pocos y estaban equipados con armas que no resultaban particularmente eficaces, especialmente en zonas y en las estaciones en que las lluvias eran frecuentes. Por el contrario, las formaciones indígenas disponían de miles de tiradores, y los cronistas dejaron constancia de sus lluvias de proyectiles y de la efectividad de sus armas²⁰. Cortés (1993: 270), durante el asedio del palacio de Axayácatl (1520), afirmó que «eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro de la fortaleza, que no parecía sino que el cielo las llovía, y las flechas y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas». Cervantes de Salazar (1971: l. III, c. 36) describió de esa manera los dardos arrojados con el *atl-atl*: «Varas con aminto (correa) que

¹⁷ Algunos detalles sobre estos soldados en los apéndices de la obra de Sahagún (1938: vol. 4, 369, 371, 383 y 394), en Thomas (2001: 48, 205, 226, 235, 316 y 327) y en Grunberg (2001: 56, 57 y 144).

¹⁸ AGL, *Escribanía* 462A, f. 339v.

¹⁹ Un análisis más detallado de los aspectos morfo-funcionales en Testi (2020). Respecto a los hallazgos arqueológicos en América, cabe mencionar las puntas de virote de ballesta y las balas de arcabuz localizadas en el sitio de El Tuiche, donde tuvo lugar un combate durante la Guerra del Mixtón, en 1541 (Medrano Enríquez, 2014: 57-59).

²⁰ Sobre el arte de la guerra de los pueblos indígenas del México central, *cfr.* Lameiras (1985), Hassig (1988), Bueno Bravo (2007), Cervera Obregón (2007, 2011 y 2021) y Navarrete Linares (2019). Pruebas experimentales sobre la eficiencia de su armamento en Garduño Arzave (2009).

pasaban una puerta; era el arma que más temían los nuestros». Diego Muñoz Camargo (2003: l. I, c. 6; l. II, c. 6), autor mestizo de madre tlaxcalteca, afirmó que «el campo belicosísimo asombraba según la muchedumbre de tiros y saetas que por los aires volaban, con increíble ímpetu y espesura», y dijo de la honda que «era la más fuerte arma de pelea que los mexicanos tenían».

A la luz de la superioridad numérica de los tiradores nativos y de la efectividad de sus pertrechos, desde el siglo XVI se ha destacado la función psicológica de la escopetería española en la conquista de México. Al igual que la artillería, tenía como objetivo asustar a los autóctonos y desestabilizar la firmeza de sus formaciones. Cervantes de Salazar (1971: l. IV, c. 1) imaginó que Moctezuma, en su encuentro con Cortés, alabó sus virtudes: «Como veniades del cielo, abaxábades de allá rayos, y relámpagos y truenos con que haciades temblar la tierra y estremecer a los nuestros los corazones, y matábades, sin saber ellos cómo». Francisco López de Gómara (1979: c. CXXVIII), quien redactó la primera crónica sobre la conquista de México, puso de relieve la escasa precisión del arcabuz, que «hizo más miedo que daño»; lo mismo afirmó Solís (1996: l. V, c. 15), que «siempre los espantaban más que los ofendían». A raíz de estos y otros comentarios, Bruhn de Hoffmayer (1986: 27) escribió que «las armas de fuego, de todas formas, no tuvieron gran importancia militar y no contribuyeron mucho a la conquista; sin embargo, si la tuvieron como instrumento psicológico».

Asimismo, en la campaña que implicó la toma de Tenochtitlan (1521), Cortés movilizó un potente ejército indígena. Según los autores modernos, dicho contingente podía alcanzar hasta 200.000 hombres, y contaba con el apoyo de decenas de miles de arqueros, honderos, jabalinistas y lanzadores de dardos, lo que contribuía a que los arcabuceros fueran considerados aún menos relevantes (Cervantes de Salazar, 1971: l. V, c. 109).

2.1. La eficiencia del arcabucero español en la conquista de México

Hasta aquí, el análisis parece mostrar una determinada realidad, pero es parte de la historia. Si bien los cronistas que dedicaron su pluma a las campañas cortesianas ofrecieron cifras muy dispares, de su análisis se puede deducir que el número de tiradores aumentó a medida que se sucedían los hechos bélicos, tanto en términos absolutos como relativos. La mayoría de los autores los excluyeron de sus recuentos; cuando fueron incluidos, no se estableció distinción alguna entre ballesteros y escopeteros, siendo Díaz del Castillo una de las escasas excepciones. En marzo de 1519, Cortés desembarcó en tierra firme y estaba a la cabeza de 508 infantes, más 32 ballesteros y 13 arcabuceros. El ejército de Narváez, en 1520, contaba con 1.400 peones, a los que se sumaban 90 ballesteros y 70 escopeteros. Cuando el hidalgo de Medellín emprendió el asedio de Tenochtitlan, en 1521, lideraba 650 peones y 194 tiradores, aunque en este caso no se sabe cuántos de ellos estaban equipados con armas de fuego. En el primer caso, los tiradores constituían el 8,14 % del total de las fuerzas de infantería; el 10,26 % en el segundo; y el 22,99 % en el tercero (Díaz del Castillo, 2011: cc. XXVI, CIX y CXLVIII). Es un dato de gran relevancia si se considera que Cortés y sus lugartenientes adaptaban sus técnicas de combate, sus maniobras e incluso el armamento y la panoplia empleada. Por ejemplo, renunciaron a las placas metálicas de sus armaduras. También prescindieron de lo que hoy se conoce como «mosquete de muralla» o «de posta», la más pesada de las armas individuales de fuego, que se apoyaba en los adarves de las murallas y que resultaba innecesaria en las Indias Occidentales. No hay rastro de la presencia de esta arma en las huestes cortesianas, salvo la vaga y tardía referencia de Cristóbal del Castillo (1908: 102) al *huehuetlequiquitzli* (f. 7) literalmente «gran trompeta de fuego». A la luz de ello, es altamente probable que aquellos oficiales se habrían deshecho de los arcabuces si no hubieran sido útiles, más allá de su incuestionable función psicológica.

Una de las ventajas que la escopeta tenía sobre todos los pertrechos de la época era su capacidad de penetración y, por ejemplo, era la única capaz de atravesar las corazas de placas de acero. Ya en los años 60 del siglo XV, el papa Pío II escribió que no existía armadura que se le resistiera, o «nulla sustinet armatura» (Piccolomini, 1584: l. IV, c. 25). Efectivamente, en el campo de batalla de Pavía (1525), muchos autores dejaron constancia de un disparo de arcabuz que atravesó el peto de Fernando de Ávalos, marqués de Pescara y comandante de las fuerzas imperiales. Sanudo (1893: 662-671) incluyó dos informes sobre el mismo hecho, que difieren en los detalles, pero coinciden en que la bala perforó su coraza. A la luz de ello, cuando se produjo el primer enfrentamiento contra los nativos de Yucatán (1517), en Cabo Catoche, aún antes de la primera campaña de Cortés, Díaz del Castillo (2011: c. II) subrayó que sus adversarios «conocieron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas y escopetas».

De las menciones, aunque escasas, se deduce que estos tiradores tomaron parte en todos los enfrentamientos que se produjeron en México central, tanto en campo abierto como en los asedios, cuando los españoles atacaban y se defendían. En campo abierto, no cabe duda de que la cooperación entre los diferentes cuerpos era uno de los elementos clave de las huestes de Cortés, y se perfeccionó con el tiempo a través del entrenamiento y de la práctica. El escuadrón estaba constituido por infantes equipados con lanzas y rodela, que por ello recibían el nombre de «rodeleros», y por los tiradores, y contaba con el apoyo de las cuadrillas de jinetes

y de un reducido parque de artillería. Los escopeteros solo tenían una posibilidad de aprovechar las ventajas de sus pertrechos, si los peones los protegían de los miles y miles de armas arrojadizas que los indígenas les disparaban. Al mismo tiempo, el sistema se retroalimentaba, porque a esos rodeleros no se les habría brindado la oportunidad de contraatacar a los arqueros adversarios, si no hubiesen contado con el apoyo de arcabuceros y ballesteros.

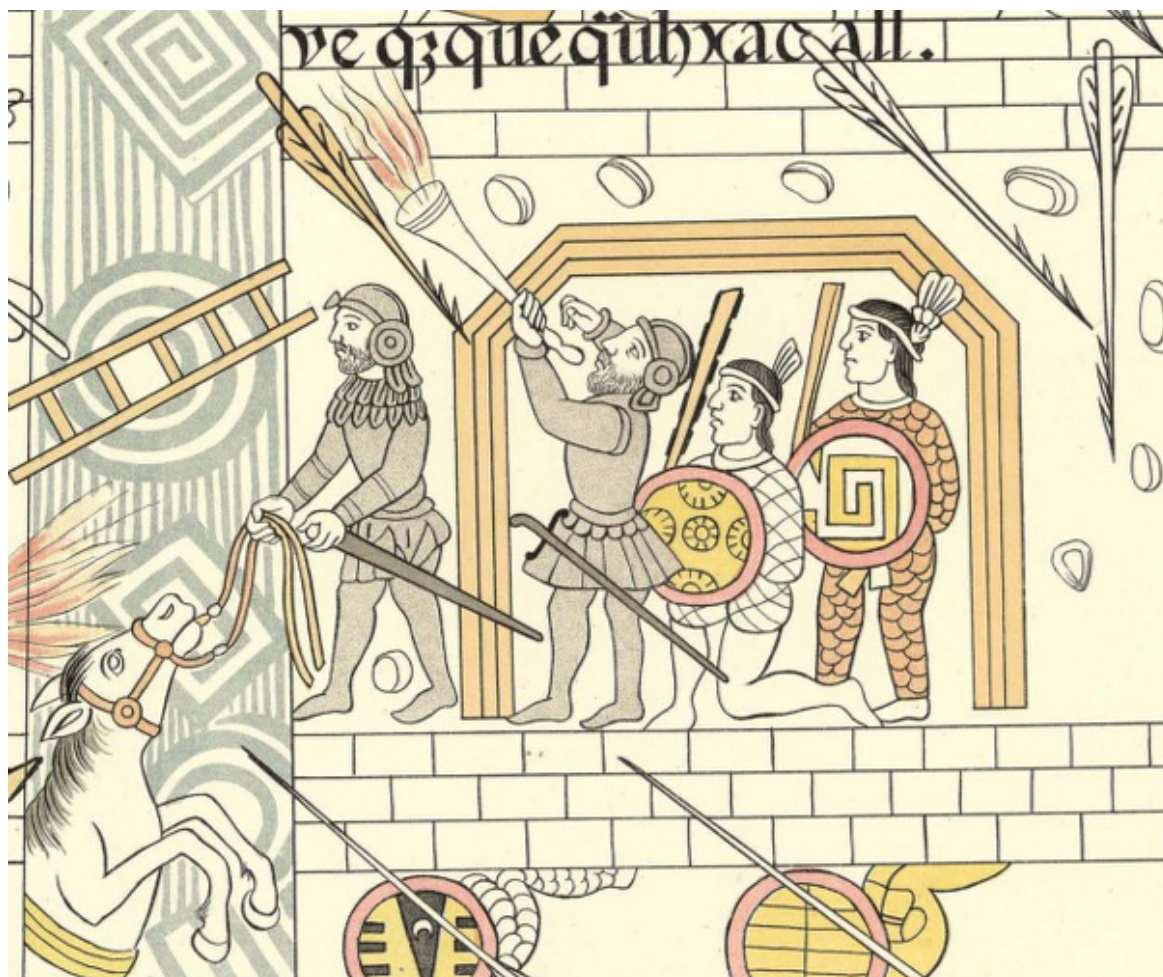


Figura 2. Arcabucero español en la *Noche Triste*, según el *Lienzo de Tlaxcala*, representado como un arma primitiva y de manera imprecisa.

Esta cooperación quedó reflejada en las palabras de Cortés (1993: 305-306), quien envió a hombres a Santo Domingo con la siguiente orden: «Traigan caballos, y armas, y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en estas partes es más necesario; porque peones y rodeleros aprovechan muy poco solos». Cervantes de Salazar confirmó que los tiradores resultaban demasiado vulnerables sin la protección de los rodeleros. El capitán, en tiempos de la rebelión de la guarnición de Tenochtitlan (1520), «puso en orden los peones, ballesteros y escopeteros, con cada uno otro que le arrodellase y cubriese la cabeza, por las pedradas». Por tanto, «como los unos arrodellaban a los otros, disparando por su orden ballesteros y escopeteros, mataron y echaron abajo mucha gente de las azoteas» (Cervantes de Salazar, 1971: I. IV, c. 107).

Respecto del orden en que los distintos cuerpos de las huestes de Cortés entraban en combate, es probable que los tiradores, con sus salvas, fueran los primeros, con el objetivo de asustar al enemigo y desestabilizar la solidez de sus escuadrones, justo antes de que las cuadrillas de jinetes lo embistieran por el flanco o la retaguardia. La formación de rodeleros avanzaba lentamente, detrás de su muro de escudos, y era la última en emprender la lucha, contando con el apoyo fundamental de la infantería ligera aliada. Estos detalles pueden deducirse de una referencia indirecta de Díaz del Castillo (2011: c. CXXXIV), respecto al contingente que Gonzalo de Sandoval dirigió contra Iztac-Maxtitlan (1521): «Mandó a los tlaxcaltecas que no se metiesen en

los enemigos al principio, porque no estorbasen los caballos y porque no corriesen peligro, o [no se] hiriesen algunos de ellos con las ballestas y escopetas». Solís (1996: I. V, cc. 13 y 16) destacó que las ráfagas y las cargas de caballería abrían el combate, con el fin de que las formaciones enemigas perdieran su cohesión antes de que se produjera el choque de infantería:

Después de lograr con mayor efecto el golpe de los arcabuces y ballestas, echaron delante los caballos cuyo choque, horrible siempre a los indios, abrió camino para que los españoles y los tlascaltecas entrasen rompiendo aquella multitud desordenada, primero con la turbación y después con el estrago [...] las bocas de fuego y las ballestas iban haciendo lugar a las picas y a las espadas.

Asimismo, todos los cronistas dejaron constancia de las masas de guerreros que la confederación de la Triple Alianza solía movilizar, de modo que los tiradores hispanos abrían el fuego contra decenas de miles de adversarios; por tanto, la falta de precisión de sus armas perdía de importancia. El propio Cortés (1993: 271) subrayó que «estaba tanta cantidad de ellos, que los artilleros no tenían necesidad de puntería». Por último, Díaz del Castillo (2011: cc. XXXII, LXV, CXLI y CL) fue el único autor en describir lo que aparentemente sería el «fuego continuado», una técnica avanzada y compleja de ejecución, que todavía se estaba perfeccionando en los campos de batalla de Italia y, en general, del Viejo Mundo. Por ejemplo, afirmó que «las escopetas y ballestas que no paraban, unas tirando y otras armando».

El otro contexto en el que los escopeteros demostraron su utilidad fue en los asedios, en la defensa y en el ataque, en cooperación con los falconetes. Cortés describió el tiro directo que barría las formaciones enemigas mientras se apiñaban en las calles que rodeaban el palacio de Axayácatl (1520): «La artillería hacía mucho daño, porque jugaban trece falconetes, sin las escopetas y ballestas» (Cortés, 1993: 271). En las ciudades que bordeaban las orillas de la laguna de Texcoco, así como en el tejido urbano de la capital, los nativos se protegían detrás de trincheras, barricadas y canales, pero también en las azoteas de los edificios y hasta en los templos, que eran las principales fortalezas del México central. Por tanto, es en la guerra urbana donde los tiradores e incluso los piqueros demostraron su utilidad, porque los tenochcas quedaban fuera del alcance de espadas, lanzas y alabardas. Durante el asedio de 1521, López de Gómara (1979: c. CXXXIV) afirmó que, «como desde la calle, baluarte y azoteas peleaban con mucho corazón y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros a la calle, [y] que tirasen a menudo las ballestas y escopetas». El misionero seráfico Bernardino de Sahagún (1938: I. XII, c. 22), un profundo conocedor de las culturas indígenas del México central, añadió que los españoles, asediados en el palacio de Axayácatl, asaltaron el Templo Mayor: «Subieron al *cu* con mucho orden, y llevaban sus escopetas y ballestas, y comenzaron a subir muy despacio, y tiraban con las ballestas y escopetas a los de arriba». Añadió que «en cada rengle iba un escopetero, y luego un soldado con espada y rodela, y luego un alabardero: por esta orden iban subiendo al *cu*». Cervantes de Salazar (1971: I. V, c. 132) invirtió el orden, y resulta más lógico suponer que los rodeleros se encontraban en la primera línea: «Los rodeleros y detrás de ellos los escopeteros y ballesteros».

3. LAS GUERRAS DE ITALIA: EL ORIGEN DE LA EFICIENCIA DEL ARCABUCERO ESPAÑOL Y SU TRIUNFO TÁCTICO EN LA BATALLA DE PAVÍA

Pese a la importancia que los escopeteros tuvieron en las conquistas cortesianas, las referencias de los cronistas de los siglos XVI y XVII son pocas y escuetas, lo que resulta insuficiente para el desarrollo de un análisis completo. Por ejemplo, no se sabe si formaban las «mangas», en los flancos del escuadrón de rodeleros; los «cuernos», en sus esquinas; o si estaban frente a dicha formación para retirarse antes de que se produjera el choque contra los escudados adversarios. Tampoco es posible determinar si aprovechaban la presencia de defensas pasivas con el fin de protegerse, como los fosos o los terraplenes, y no quedaron muchas referencias sobre el uso que, posiblemente, hacían del fuego continuado.

Como se ha subrayado, estos silencios se han interpretado como una prueba de la falta de efectividad de los arcabuceros, pero en los apartados anteriores se ha intentado demostrar que dicha lectura no es del todo acertada. Todavía a comienzos de la Edad Moderna, los autores estaban ocupados en celebrar la gloria de la aristocracia. Su objetivo era entretejer una suerte de *res gestae* retórica que implicaba la introducción de detalles reelaborados *a posteriori*, como discursos directos, arengas, hechos sobrehumanos e incluso intervenciones metafísicas. En lo que Mendiola Mejía definió como «expectativas complementarias del sistema», el oficial alardeaba en el campo de la valentía propia de su estamento, el historiador estaba preparado a celebrarla, y el lector a apreciarla y disfrutar de ella²¹.

²¹ Sobre la importancia de la retórica en la historiografía de los siglos XVI y XVII, Mendiola Mejía (2003), Aracil Varón (2009) y Muñoz Gómez (2019).

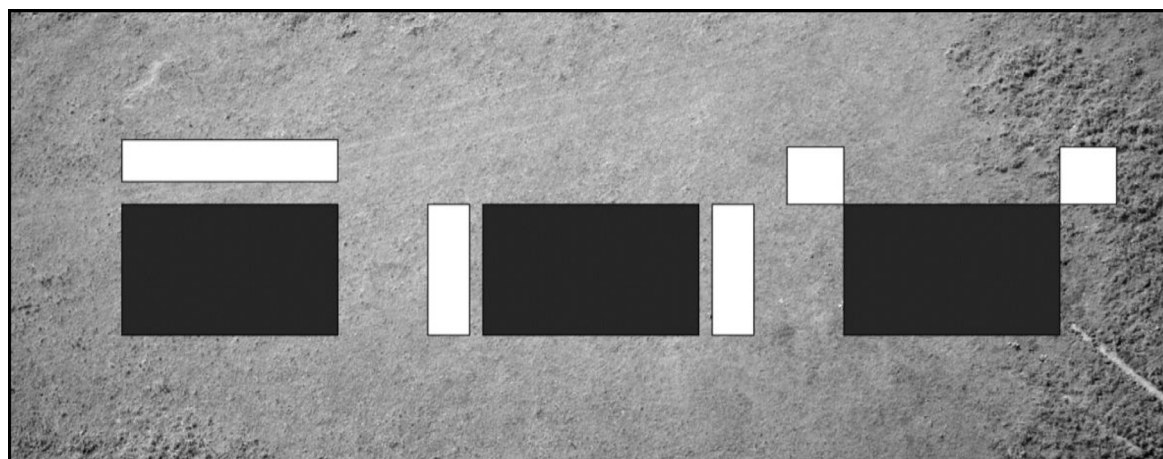


Figura 3. Posible reconstrucción del autor del escuadrón de infantería (en negro) visto desde arriba: a la izquierda, con unas líneas de arcabuceros (en blanco) al frente; al centro, con las «mangas» en los flancos; y a la derecha, con los «cuernos» en las esquinas.

En el siglo XVI, los escuadrones de peones constituían el núcleo de las formaciones de combate, y su número, proporcionalmente, aumentaba con el paso de las décadas. Sin embargo, en este contexto social, literario e historiográfico, los autores solían menospreciar la infantería o, simplemente, omitirla de sus textos. Centraban su atención en las hazañas de la caballería de la cual, en su reconstrucción de los hechos, dependía el resultado de toda batalla. En particular, solían omitir la presencia misma de los tiradores, lo cual podría deberse a que estos pertenecían a las clases más bajas de la población. En efecto, no se esperaba que participaran en el cuerpo a cuerpo y, por ende, no debían estar equipados con corazas ni con armas blancas de calidad, como se puede apreciar en las abundantes fuentes iconográficas de la época. Por ejemplo, ya se ha mencionado la escasez de medios con que se encontraban Antón de Molina y Teodoro de Mane.

Sin embargo, el hecho de que estos veteranos fueran pobres dos décadas después de la caída de Tenochtitlan no prueba que lo fueran en tiempos de la conquista (Grunberg, 2001: 336). Además, el tema de la pobreza del escopetero es más un tópico que una realidad de los campos de batalla del Renacimiento. Los tiradores debían costear el arma y también las mechas, las municiones y la pólvora, y Díaz del Castillo (2011: c. CLVII) consignó que una espada costaba 50 pesos y una escopeta 100. Por lo tanto, de un documento de la sexta década del siglo XVI se deduce que un tirador cobraba 1.200 maravedíes al mes, frente a los 900 del piquero (-25 %): «Por la mecha, pólvora y pelotas que han de gastar con los dichos arcabuces para que los tengan en orden» (Gárate Córdoba, 1971: 72).

Es más, en las Guerras de Italia existían arcabuceros de a caballo, aunque las referencias directas son escasas. Debían comprar y mantener al menos una cabeza, y Paolo Giovio (2006: l. IV) comentó acerca de Camillo Vitelli que «fue el primero que en Italia organizó una compañía de escopeteros de a caballo». Por un lado, ninguno de los autores que dedicaron sus plumas a la conquista de México mencionó la existencia de arcabuceros ensillados. En las ilustraciones del *Códice Florentino* (Sahagún, 1569: l. XII, c. 15, ff. 22v-24r; c. 24, f. 43r; c. 26, f. 48) se observan numerosos ballesteros y escopeteros de a caballo, e incluso se les representa accionando sus armas directamente desde la grupa del equino. Ahora bien, en lo que respecta a los aspectos bélicos, los detalles militares de las imágenes que acompañan la obra del padre seráfico no se destacan por su nivel de fiabilidad²². Por otro lado, dichos datos constituyen una prueba más de que estos hombres no eran necesariamente pobres, a ambas orillas del Atlántico, y de que los autores los omitían por razones de estilo, que no tenían nada que ver con su falta de eficiencia en combate.

3.1. La batalla de Pavía: la culminación de la evolución de la arcabucería española

Sean cuales fueran las condiciones sociales de los tiradores, y pese al interés de los autores por alabar la importancia de la aristocracia, se consagraron tantas obras a la reconstrucción de los enfrentamientos de las Guerras de Italia que no resulta tan difícil intentar averiguar cómo luchaban. Si bien las doctrinas elaboradas en el Viejo Mundo se adecuaban a las condiciones bélicas exclusivas de México central, algunas maniobras se mantuvieron (Testi, 2023b).

²² Una crítica a la fiabilidad de los detalles militares de los códices en Cervera Obregón (2017).



Figura 4. Arcabucero de a caballo en el Códice Florentino.

Las fuerzas españolas tuvieron treinta años para perfeccionar sus tácticas y, aunque sufrieron una rotunda derrota en Seminara (1495) contra los helvéticos, este revés contribuyó a la mejora de sus estrategias y habilidades. El propio Gonzalo Fernández de Córdoba tuvo que reconocer la superioridad del adversario, y comentó que «de peones nos tenían gran ventaja» (Paz y Melía, 1901: 336). Tan solo unos años después, infligieron al ejército franco-suizo la doble derrota de Ceriñola (abril de 1503) y del Garellano (diciembre de 1503), a las que hizo referencia Díaz del Castillo, lo que provocó la destrucción de dos contingentes adversarios. La

victoria del Garellano se debió al genio táctico del Gran Capitán, quien supo aprovechar las inclemencias del invierno, el hambre, las enfermedades y el cansancio, provocado por los continuos asaltos, para empujar al enemigo a una retirada desordenada hacia Gaeta, y a desintegrarse en el camino.

Ceriñola fue la primera victoria que los arcabuceros consiguieron en los campos de batalla de las Guerras de Italia, aunque probablemente fueran alemanes de un contingente mercenario. Antonio Grumello (1856: I. IV, cc. 9 y 11), hermano de un veterano, citó 1.500 escopeteros imperiales y dijo de Louis d'Armagnac, duque de Nemours, que «acercándose al dique donde estaban apostados los lansquenets al suelo, que se habían ya levantado todos en pie y descargaban sus arcabuces, como si el mundo se viniera abajo, fue entonces cuando el virrey fue muerto». Protegidos por un terraplén, sus salvas sembraron el caos entre las líneas de los piqueros helvéticos y los caballeros ultramontanos, que habían quedado bloqueados por un foso. Posteriormente, los lansquenets avanzaron y los derrotaron. Fabrizio Colonna, veterano de la batalla, según Giovio (1931b: I. II, c. 3) afirmó que «la victoria de aquel día no se debió al esfuerzo de los soldados ni al valor de algún capitán general, sino a un pequeño terraplén y a un foso de poca profundidad». De acuerdo con la reconstrucción de la *Crónica manuscrita*, ya en una fecha tan temprana como 1503, aquellos tiradores alemanes eran capaces de ejecutar el fuego continuado. El sujeto es el Gran Capitán: «A los alemanes dijo que no desamparasen la artillería; y porque entre ellos había ochocientos arcabuceros, mandóles que de doscientos en doscientos rociasen a los enemigos» (*Historia del Gran Capitán*, 1908: I. VI, c. 17).

Estas maniobras se repitieron en la Bicocca (1522), cuando los escuadrones de suizos cargaron frontalmente hacia los cuarteles fortificados de Prospero Colonna. Martin du Bellay (1908: I. II, 161-162) escribió que los suizos, «una vez llegados, hallaron un foso con un terraplén tan alto que apenas podían alcanzar su cima con las picas, por lo que se detuvieron». Esta vez fueron los escopeteros españoles quienes desencadenaron el fuego continuado y los desordenaron, antes de que los lansquenets liderados por Georg von Frundsberg emprendieran el avance y los rechazaran. El cronista suizo Valerius Anshelm (1886: 517) sostuvo que los tiradores españoles eran 4.000. Giovio (1931a: I. II, c. 5) afirmó que estaban delante de los piqueros alemanes, describió en detalle el fuego continuado y comentó que «de este modo, sin interrupción alguna y repitiéndose aquel admirable orden, se mantenía una suerte de tormenta perpetua de balas, de manera que, antes de llegar al combate cuerpo a cuerpo, la infantería enemiga hubiese ya sido deshecha».

Finalmente, el 24 de febrero de 1525 se produjo la batalla del campo de Mirabello, en las inmediaciones de Pavía, donde el ejército de Francisco I de Valois fue destruido y los cronistas de la época no pudieron evitar admitir que fue una victoria de los escopeteros españoles²³. Juan de Oznaya (1861: c. X), un veterano, escribió: «Después decía el rey que no le habían roto sino arcabuceros españoles: que adonde quiera que había ido, los había hallado». Giovio (1931a: I. V, c. 4) confirmó que «parecía que el verdadero eje de la guerra eran las mechas encendidas de los arcabuces». En la parte occidental del campo, estos aprovecharon su rapidez y agilidad para disponerse en orden disperso. Protegiéndose entre los árboles, el terreno fangoso y las acequias, como se puede apreciar en los tapices realizados por Bernard van Orley, supieron enfrentarse a la caballería pesada de Francia, la más efectiva del mundo, sin entrar en el radio de acción de sus lanzas, y cooperaron con los corceles imperiales. A tal respecto, Giovio (1931a: I. VI, c. 3) afirmó que los tiradores españoles, «naturalmente diestros y protegidos con armas ligeras, se retiraron rápidamente hacia atrás y, rodeando el terreno, burlaron la furia de los caballos y [...] sin orden, se dispersaron por todo el campo». Lo corroboró Gaspard de Saulx (1858: c. I), un veterano francés, quien citó las «mangas de mosqueteros dispersos por el campo». Esta técnica de combate debía de ser inviable en el México central donde, como se ha señalado, los arcabuceros cooperaban con la caballería, pero requerían la protección de las rodela de los peones.

Mientras tanto, en la zona central de la residencia de caza de Mirabello, formaron un escuadrón compacto, posiblemente delante de los cuadros imperiales. Probablemente, abrieron el fuego por filas, de modo que una disparaba mientras las demás recargaban. Provocaron graves bajas y alteraron el orden de los mercenarios suizos, que se habían convertido en el arquetipo de eficiencia bélica, y de los alemanes, quienes habían sido los primeros en copiar sus tácticas. Oznaya (1861: c. X) dejó un relato aterrador sobre la eficacia de aquellas salvas: «Fue tanta la furia, que los enemigos no pudieron dar dos pasos adelante sino que, como en un cañaval con gran viento, así parecía el caer de las picas». Martín García Cerezeda (1873-1876: 124-125), otro veterano, escribió que «es cosa de no creer el gran daño que los franceses recibieron, pues lo que la infantería hizo, en especial la arcabucería, quiero callar, porque no bastaría mi pluma [para] decirlo». Estos tiradores se dividieron en mangas autónomas, coordinaron sus movimientos con los demás cuerpos del ejército imperial y ejecutaron el fuego continuado, donde la lentitud del enemigo lo permitía. Demostraron un alto nivel de experiencia y destreza técnica, así como una notable flexibilidad táctica, al adecuar sus maniobras tanto a la conformación del terreno como a las capacidades del enemigo. Veteranos y cronistas de la conquista de Mé-

²³ Sobre la batalla de Pavía, el volumen más reciente es lo que ha coordinado Claramunt Soto (2025), mientras que Testi ha publicado las fuentes del siglo XVI (2024).

xico registraron detalles que aluden a movimientos análogos, aunque sus menciones son sumamente escasas y sintéticas.

Por último, las ciudades asediadas, a ambas orillas del océano, eran uno de los contextos más adecuados en que emplear a los arcabuceros, quienes se protegían detrás de las defensas estáticas y apuntaban contra blancos que no eran igual de móviles que en campo abierto. Se trataba de un fenómeno constante: alrededor de las murallas se extendía una suerte de tierra de nadie, y todos los que accedían a ella se arriesgaban a ser alcanzados. Efectivamente, el arcabuz había evolucionado a partir del cañón de gancho que, como su nombre indica, estaba dotado de un dispositivo de anclaje para apoyarlo en los adarves de las murallas, lo que permitía absorber parte de la energía del retroceso y estabilizar el golpe. Por ejemplo, Niccolò Orsini, conde de Pitigliano, fue gravemente herido por una bala durante el sitio de Novara, en la primera de las Guerras de Italia (1495). Benedetti, médico de profesión, fue quien lo curó y escribió que «una bala de plomo disparada con un arcabuz le penetró por debajo del riñón derecho y le salió por el hombro izquierdo» (1863: I. II, 199). Lorenzo II de Medici, nieto homónimo del «Magnífico», fue alcanzado en 1517 por una escopeta desde la fortaleza de Mondolfo, en las Marcas. Francesco Guicciardini (1988: I. XIII, c. 4), el conocido historiador y politólogo florentino, escribió que Lorenzo II

... vio encender un arcabuz cuyo disparo, al intentar esquivarlo lanzándose al suelo boca abajo; antes de llegar al suelo, el disparo, que de no haber sido así le habría dado en el cuerpo, le golpeó en la parte superior de la cabeza, tocando el hueso y saliendo hacia la piel, hacia la nuca.

Evidentemente, se conocen estas anécdotas porque dos miembros de la nobleza fueron heridos, pero se desconocen la identidad de los autores de los disparos, y nunca se tendrán detalles sobre los miles de víctimas «anónimas» que aquellas armas causaban. Al fin y al cabo, incluso en un proceso tan importante y estudiado como las Guerras de Italia, se han conservado los nombres de muy pocos arcabuceros. Es el caso de Roldán quien, según Oznaya (1861: c. XI), se burló de Francisco I después de la batalla de Pavía; y del tirador que ejecutó a Jaques de la Palice, al que Giovio (1931a: I. VI, c. 3) llamó Vasurte; además del propio García Cerezeda.

4. CONSIDERACIONES FINALES

Este análisis contribuye a profundizar en la comprensión de la evolución y adaptación de las tácticas militares hispanas en contextos geográficos y culturales diversos, ofreciendo una perspectiva integradora que conecta los conflictos europeos con la conquista de América. A comienzos del siglo XVI, el arte de la guerra de la Europa occidental se fraguó, entre otros escenarios, en los campos de batalla de Italia y llegó al territorio americano con el desembarco de las fuerzas hispanas. En México se adaptó con eficacia a las particularidades de las potencias locales y, en general, mantuvo su mortífera efectividad.

El escuadrón de piqueros, dotado de «mangas» o «cuernos» de escopeteros, que se había ideado para enfrentarse a la infantería suiza y alemana y a la caballería gala, tuvo que replantearse con el fin de enfrentarse a los tiradores de las Indias Occidentales, donde la pica era casi inútil y la rodela, en cambio, fundamental. Asimismo, Cortés lideraba un número limitado de hombres, mientras los comandantes al servicio de España y luego del imperio, en Italia, contaban con decenas de miles de soldados y centenares de tiradores. Pese a estas y otras diferencias más, la conquista de México se puede considerar una etapa de la larga evolución de las fuerzas de combate hispanas, que en todo momento supieron adecuarse a las condiciones mutables del campo de batalla. Es cierto que a veces fallaron y fueron arrolladas tanto en Europa como en América, pero fueron rápidas y flexibles a la hora de renovarse. Esto hace que las Guerras de Italia y la conquista de México fueran dos conflictos en que se experimentaron soluciones tácticas análogas, y que el estudio del uno permita echar luz sobre algunos de los aspectos del otro que son más difíciles de interpretar.

Se puede apreciar que en los enfrentamientos que se produjeron en las fases iniciales de las Guerras de Italia, como en el caso del asedio de Novara (1495) y del choque de Cerinola (1503), ciertos elementos propios del arte de la guerra moderno ya estaban consolidados. Cabe recordar la importancia de los tiradores, quienes, pese a las deficiencias estructurales de sus armas, podían demostrar su eficiencia hasta en campo abierto, siempre que se dieran unas determinadas condiciones; en caso contrario, se arriesgaban a quedar a merced de los rápidos corceles franceses. Además, podían contribuir a la destrucción del enemigo si cooperaban con otros cuerpos, se protegían detrás de defensas pasivas naturales y/o artificiales, y disparaban con disciplina y según técnicas avanzadas, por ejemplo, desencadenando el fuego continuado.

Como de costumbre, las fuentes omitieron importantes detalles sobre sus maniobras y, por ejemplo, no queda totalmente claro si formaban frente al escuadrón de piqueros, realizaban sus salvas y posteriormente se replegaban a los lados del mismo o hasta entre sus líneas. La batalla de Pavía fue el culmen de estos procesos, y los autores de diversas naciones no pudieron sino admitir que la infantería imperial, y en particular los

tiradores, manejaban técnicas de combate tan desarrolladas que resultaron fundamentales para determinar el resultado final del enfrentamiento.

Desde los campos de la península itálica, algunos «soldados viejos», como Andrés de la Tobilla y Juan González de Heredia, viajaron a México llevando consigo aquellas doctrinas que habían aprendido y experimentado y, según ordenaba Cortés, las enseñaban a sus compañeros; debía de haber muchos más, pero su identidad se perdió. En consecuencia, es altamente probable que aquellos combatientes ejecutaran unas maniobras análogas y que se sirvieran de las mismas técnicas. De hecho, se ha subrayado la forma en que algunos autores hicieron referencia a la cooperación de los tiradores con la infantería, a su utilidad en los asedios, y hasta al fuego continuado. Lamentablemente, ningún cronista mencionó el posible uso que hicieron de las defensas pasivas en campo abierto, que era común en Italia, y no es descartable que replicaran en México, si bien no hay forma de demostrarlo.

Agradecimientos: Quisiera expresar mi agradecimiento a los dos evaluadores anónimos por sus correcciones, que han enriquecido notablemente esta aportación.

Declaración de conflicto de intereses: El autor de este artículo declara no tener conflictos de intereses financieros, profesionales o personales que pudieran haber influido de manera inapropiada en este trabajo.

Fuentes de financiación: Este trabajo se enmarca en las líneas de investigación del Instituto LOU de Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León, del que el autor es miembro, y del Grupo de Investigación Reconocido «Humanistas» (HUMTC) de la misma universidad, del que es colaborador.

Declaración de contribución de autoría: Dario Testi: conceptualización, investigación, metodología, redacción – borrador original.

FUENTES

- Aguilar, F. de (2002): *Relación breve de la Conquista de la Nueva España*, G. Vázquez Chamorro (ed.). Madrid, Dastin.
- Anshelm, V. (1886): *Berner Chronik*. Berna, Druck und Verlag Wyss.
- Bellay, M. du (1908): *Mémoires de Martin et Guillaume du Bellay*, V. L. Bourrilly y Fleury Vindry (ed.). París, Renouard.
- Benedetti, A. (1863): *Il fatto d'arme del Tarro*. Novara, Crosa e Moschetti.
- Casas, B. de las (1992): *Historia de las Indias*, M. Ángel Medina (ed.). Madrid, Alianza.
- Castillo, C. del (s. f.): *Historia de la conquista*, Bibliothèque nationale de France, París, Ms. Mexique 304.
- Castillo, C. del (1908): *Migración de los mexicanos al país de Anahuac*, F. del Paso y Troncoso (ed.). Florencia, Tipografía de Salvador Landi.
- Cervantes de Salazar, F. (1971): *Crónica de la Nueva España*, M. Magallón (ed.). Madrid, The Hispanic Society of America.
- Clavijero, F. J. (1824): *Historia antigua de México*, J. J. de Mora (ed.). Londres, Ackermann Strand.
- Cortés, H. (1993): *Cartas de relación*, Á. Delgado Gómez (ed.). Madrid, Castalia.
- Díaz del Castillo, B. (2011): *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, G. Serés (ed.). Madrid, Real Academia Española.
- Durán, D. (1967): *Historia de las Indias de Nueva-España e islas de Tierra Firme*, Á. M. Garibay (ed.). México, Porrúa.
- García Cerezedá, M. (1873-1876): *Tratado de las compañías y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V*, G. Cruzada Villaamil (ed.). Madrid, Rivadeneyra.
- Gheyn II, J. de (1608): *Waffenhandlung von der Rören, Musquetten, undt Spiessen*. Grauen Hagen, s.n.
- Giovio, P. (1931a): *La vita del marchese di Pescara*, L. Domenichi (trad.), C. Panigada (ed.). Bari, Laterza.
- Giovio, P. (1931b): *La vita di Consalvo Hernandez di Cordova*, L. Domenichi (trad.), C. Panigada (ed.). Bari, Laterza.
- Giovio, P. (2006): *Elogi degli uomini illustri*, F. Minonzio (ed.). Turín, Einaudi.
- Grumello, A. (1856): *Cronaca di Antonio Grumello*, G. Muller (ed.). Milán, Colombo.
- Guicciardini, F. (1988): *Storia d'Italia*, E. Mazzali (ed.). Milán, Garzanti.
- Herrera, A. de (1991): *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, M. Cuesta Domingo (ed.). Madrid, UCM.
- Historia del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y de las guerras que hizo en Italia (Crónica manuscrita)* (1908): A. Rodríguez Villa (ed.). Madrid, Bailly-Baillière e Hijos.
- Leonardo de Argenzola, B. J. (1940): *La conquista de México*, J. Ramírez Cabañas (ed.). México, Robredo.
- Lienzo de Tlaxcala* (1892): A. Chavero (ed.). México, s/n.
- López de Gómara, F. (1979): *La Conquista de Méjico*, J. Gurriá Lacroix y A. Mirla (eds.). Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Martínez, J. L. (ed.) (1990): *Documentos cortesianos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Muñoz Camargo, D. (2003): *Historia de Tlaxcala*, G. Vázquez Chamorro (ed.). Madrid, Dastin.

- Oznaya, J. de (1861): *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavia y prisión del rey Francisco de Francia*, Colección de documentos inéditos para la historia de España, 38, P. J. Pidal, M. Pando Fernández de Pinedo y M. Salvá (eds.). Madrid, Viuda de Calero.
- Paz y Meliá, A. (1901): «Colección de cartas originales y autógrafas del Gran Capitán». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, III, 5.
- Piccolomini, E. S. (1584): *Commentarii rerum memorabilium quae temporibus suis contigerunt*. Roma, Dominici Basae.
- Sahagún, B. de (1569): *Códice Florentino*, Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia, Ms. Med. Palat. 218-220.
- Sahagún, B. de (1938): *Historia general de las cosas de la Nueva España*. México, Robredo.
- Sanudo, M. (1883): *La spedizione di Carlo VIII in Italia*, R. Fulin (ed.). Venecia, Visentini.
- Sanudo, M. (1893): *Diarii*, 37, R. Fulin et alii (eds.). Venecia, Visentini.
- Saulx, G. de (1858): *Mémoires de très-noble et très-illustre Gaspard de Saulx*, J. Baltazar y C. Moreau (eds.). París, Jannet.
- Solís, A. de (1996): *Historia de la conquista de Méjico*, E. O’Gormann y J. Valero Silva (eds.). México, Porrúa.
- Torquemada, J. de (1975): *De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana*, M. León-Portilla (ed.). México, UNAM, IIH.

BIBLIOGRAFÍA

- Aracil Varón, B. (2009): «Hernán Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe». *Atenea*, 499: 61-76.
- Arnold, T. F. (2001): *Renaissance at War*. Londres, Cassell.
- Barlow, R. H. (1990): *Los mexicas y la Triple Alianza*. México, INAH.
- Battcock Lisi, C. (2011): «La conformación de la última “Triple Alianza” en la Cuenca de México: problemas, interrogantes y propuestas». *Dimensión antropológica*, LII: 7-30.
- Bennassar, B. (2002): *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*. Madrid, Temas de hoy.
- Bruhn de Hoffmayer, A. (1986): «Las armas de los conquistadores. Las armas de los aztecas». *Gladius*, XVII: 5-56. <https://doi.org/10.3989/gladius.1986.116>.
- Bueno Bravo, I. (2007): *La guerra en el imperio azteca. Expansión, ideología y arte*. Madrid, Complutense.
- Carrasco, P. (1996): *Estructura político-territorial del Imperio tenochca. La Triple Alianza: Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Cervera Obregón, M. A. (2007): *El armamento entre los mexicas*. Madrid, CSIC, Polifemo.
- Cervera Obregón, M. A. (2011): *Guerreros aztecas. Armas, técnicas de combate e historia militar del implacable ejército que conquistó Mesoamérica*. Madrid, Nowtilus.
- Cervera Obregón, M. A. (2017): «Una aproximación al armamento español en los códices mesoamericanos. Problemas metodológicos de investigación», E. Martínez Ruiz, J. Cantera Montenegro y M. de Pazzis Pi Corrales (eds.), *La guerra en el arte*. Madrid, Complutense: 533-546.
- Cervera Obregón, M. A. (2021): *Entre plumas y obsidianas: historia militar de la antigua Mesoamérica*. México, Universidad Anáhuac, Siglo XXI editores.
- Claramunt Soto, A. (2025): *Pavía 1525. El gran triunfo de la infantería española*. Madrid, Desperta Ferro.
- Espino López, A. (2021): *Vencer o morir. Una historia militar de la conquista de México*. Madrid, Desperta Ferro Ediciones.
- Gárate Córdoba, J. M. (1971): *Los tercios de España en la ocasión de Lepanto*. Madrid, Servicio Histórico Militar.
- Garduño Arzave, A. (2009): «El macuahuitl (lanza de mano), un estudio tecno-arqueológico». *Arqueología*, 41: 106-115.
- Glete, J. (2002): *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military States*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Góngora, M. (1962): *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530). Fisonomía histórico-social de un tipo de conquista*. Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- González de León, F. (2002): «Spanish Military Power and the Military Revolution», G. Mortimer (ed.), *Early Modern Military History, 1450-1815*. Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Grunberg, B. (1995): *Histoire de la conquête du Mexique*. París, L’Harmattan.
- Grunberg, B. (2001): *Dictionnaire des conquistadores de Mexico*. París, L’Harmattan.
- Grunberg, B. (2015): «Hernán Cortés y la guerra de los conquistadores», M. Ríos Saloma (ed.), *El mundo de los conquistadores*. México, Sílex: 557-576.
- Güereca Durán, Raquel E. (2016): *Milicias indígenas en la Nueva España. Reflexiones del derecho indiano sobre los derechos de guerra*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Hale, J. R. (1985): *War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Hall, B. S. (1997): *Weapons and Warfare in Renaissance Europe. Gunpowder, Technology, and Tactics*. Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press.
- Hassig, R. (1988): *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*. Norman y Londres, University of Oklahoma Press.
- Hassig, R. (2006): *Mexico and the Spanish Conquest*. Norman y Londres, University of Oklahoma.
- Konetzke, R. (1948): «Hernán Cortés como poblador de la Nueva España». *Revista de Indias*, 31-32: 341-382.
- Icaza, F. de (1923): *Conquistadores y pobladores de Nueva España. Diccionario autobiográfico sacado de los textos originales*. Madrid, El Adelantado de Segovia.

- Ladero Quesada, M. Á. (2010): *Ejércitos y armadas de los reyes católicos: Nápoles y El Rosellón (1494-1504)*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- Lameiras, J. (1985): *Los déspotas armados. Un espectro de la guerra prehispánica*. Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- Mallett, M. y Shaw, C. (2012): *The Italian Wars, 1494-1559. War, State and Society in Early Modern Europe*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Maravall, J. A. (1961): «Ejército y Estado en el Renacimiento». *Revista de estudios políticos*, 117-118: 5-46.
- Martínez Martínez, M. del C. (2013): *Veracruz 1519. Los hombres de Cortés*. León, ULE.
- Matthew, L. E. y Oudijk, M. R. (eds.) (2007): *Indian Conquistadors: Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*. Norman, University of Oklahoma Press.
- Medrano Enriquez, A. M. (2014): «Campos de batalla en México: arqueología y patrimonio militar», O. Hernández de Lara y C. Landa (eds.), *Sobre campos de batalla. Arqueología de conflictos bélicos en América Latina*. Buenos Aires, Aspha: 49-74.
- Mendiola Mejía, A. (2003): *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. México, Universidad Iberoamericana.
- Mira Caballos, E. (2021): *Hernán Cortés. Una biografía para el siglo XXI*. Barcelona, Crítica.
- Miralles Ostos, J. (2001): *Hernán Cortés. Inventor de México*. México, Tusquets.
- Muñoz Gómez, V. (2019): «El ideal militar hispánico. Una propuesta sobre transferencias socioculturales y literarias de la Castilla Medieval a la conquista española de América». *Medievalismo*, XXIX: 323-354. <https://doi.org/10.6018/medievalismo.407031>.
- Navarrete Linares, F. (2019): *¿Quién conquistó México?* México, Penguin Random House.
- Pellegrini, M. (2009): *Le guerre d'Italia, 1494-1530*. Bolonia, Il Mulino.
- Potter, D. (2008): *Renaissance France at War: Armies, Culture and Society, c. 1480-1560*. Woodbridge, The Boydell Press.
- Quatrefages, R. (1996): *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- Sherer, Idan (2017): *Warriors for a Living: The Experience of the Spanish Infantry in the Italian Wars, 1494-1559*. Leiden, Boston Brill.
- Testi, D. (2020): «La evolución de las armas de fuego individuales y su definitiva consolidación en los campos de batalla de las Guerras de Italia». *E-Strategica*, 4: 141-178.
- Testi, D. (2023a): «La escopeta y el arcabuz: el uso de los dos sustantivos bélicos en las fuentes historiográficas de la Conquista de México», J. Paniagua Pérez y D. Testi (eds.), *De la pluma a las letras de molde: análisis de manuscritos y ediciones principes de la Edad Moderna. Estudios de caso*. Berlín, De Gruyter: 41-81.
- Testi, D. (2023b): «La scorporazione del quadrato di picchieri nella Conquista del Messico (1519-1521): l'evoluzione dell'escuadrón castigliano e la cooperazione con i tiratori». *Rinascimento*, LXIII: 79-108.
- Testi, D. (2024): *La batalla de Pavía. Fuentes historiográficas y epistolares del siglo XVI*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- Thomas, H. (2001): *Quien es quien de los conquistadores*. Barcelona, Salvat.